

**DISCURSO DEL DOCTOR AMBROSIO PERERA, PRONUNCIADO EL 7 DE AGOSTO DE 1956, CON MOTIVO DE LA RECEPCION DEL DOCTOR PEDRO QUINTERO GARCIA COMO INDIVIDUO DE NUMERO DE LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE HISTORIA DE LA MEDICINA, Y COMO CONTESTACION AL DISCURSO DEL RECIPENDARIO A NOMBRE DE LA SOCIEDAD**

*Señores:*

Analizar ahora el discurso que acabamos de oír sería lo lógico si no estuviera más allá de los límites naturales de otro discurso. Pero bien sé que las palabras del doctor Quintero no necesitan de otras para prolongar, con meditación profunda, su justicia en el pensamiento de todos y para encender, con la chispa de un patriótico orgullo el cariño y el afecto de los corazones que palpitan su simpatía en el recinto.

A grandes pero con luminosos rasgos el doctor Quintero ha tenido el talento de hablarnos de la vida de Miguel Oráa. No ha podido ser mejor la escogencia de su tema. Sólo es posible comparar la felicidad de su elección con la feliz elección que del propio doctor Quintero ha hecho la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina para ocupar uno de sus numerosos sillones.

El doctor Quintero nos ha traído aquí esta tarde al doctor Oráa. Ya me era conocido. Desde hace más de un siglo está su nombre galopando en el cariño cordial de mi familia como querida herencia de mi paterno abuelo. Sobre las sienes de Miguel

Oráa y de Ramón Perera cayó la borla doctoral en un mismo hermoso día caraqueño. Para uno abrió el camino amplio y divino de la misericordia. Para el otro tendió el puente estrecho y humano de la justicia. El médico y el abogado se volvieron a encontrar más tarde, por obra y gracia de la unción santa del libre voto popular, en el sagrado recinto del Senado Nacional y juntos, con sus corazones destrozados, fueron entonces testigos de la más espantosa tragedia política que ha sufrido Venezuela, y como para hombres de ese temple no era posible empezar a desempeñar una comedia en la ya casa mortuoria de la Patria, marcharon cada uno a su provincia. Ambos tomaron el sendero trazado por su respectiva profesión, pero nunca apartaron sus destinos en los campos del patriotismo, de la honradez profesional y de la vasta erudición, ni tampoco cuando la luz requería a gritos tomar cuerpo y alma en los cerebros juveniles. Por otra parte, paisanos agradecidos del doctor Oráa, pertenecientes a todos los estratos sociales e intelectuales, han logrado extender el aprecio a su persona más allá de las fronteras campañarias. Pero hablando claro, toca al doctor Quintero la honra de abrir hoy con su discurso el campo de la meditación nacional sobre una vida que fué amor y gloria de Venezuela y encendido el afecto en aras de un médico ejemplar en una época en que necesitamos remover nuestro pasado para desenterrar los viejos valores espirituales que son los únicos que pueden detener el presente en su loca carrera materialista hacia un futuro mortal.

Se ha esmerado el doctor Quintero en darle vida retórica al doctor Oráa. Lo ha puesto a actuar, pasiva o activamente, pero siempre el doctor Oráa. Presenciamos su nacimiento, su bautizo, su presentación al templo, sus estudios, su graduación, su vida profesional, sus actividades de educador, su muerte. En fin, el doctor Oráa está presente y yo voy a darle mi saludo en el rincón o en los rincones a donde me arrastre mi instinto o mi afición.

El cólera está cerca. Su solo nombre infunde pavor hasta en los guapos. No hay valor que resista a lo que entonces se creía ser fruto de la ira de Dios. No hay felicidad posible ante el horrible anuncio. Parece que el salmista no tiene razón. Feliz el hombre que teme al Señor, ha proclamado en canto divino. Y aquí en Guanare se teme al Señor y la felicidad ni si-

quiera por un postigo olvidado asoma su deseado rostro. Es que el cólera no es fruto de la ira de Dios; es obra de un vibrión cruelísimo y tan ágil que sólo detiene su carrera cuando echa a dormir en el delta del Ganges, en pantanoso lecho, su agresividad y virulencia. No es la ira de Dios la que cerca la ciudad coromotana y por eso el temor de esta ira dirigido sobre una obra que no es suya, no alcanza la dicha prometida.

Da comienzo el doctor Oráa a su obra profiláctica. Las autoridades, tanto civiles como religiosas, tienen oído para oír a quien es en el momento la máxima autoridad. La salud del pueblo es la primera ley y la voz del médico es la de más alto valor y la única genuina que puede alzarse en defensa y cumplimiento de esa ley. Ordena el doctor Oráa la cuarentena, el cordón sanitario y el cierre de las escuelas, y el Gobernador, los Jefes Políticos y los Jueces de Paz se apresuran en hacer cumplir las sabias y prudentes órdenes. Cancélanse las fiestas, los alegres bailes, los repicados bautismos, las sabrosas piñatas de los aniversarios infantiles y los paseos iluminados por la luna y celados por los ojos vigilantes de las matronas, madres o tías, primas o antiguas criadas heredadas de las abuelas y que son dueñas de los secretos familiares. Todos saben que el médico no habla por hablar y que por el bien colectivo y personal deber obedecerle y le obedecen con el mayor de los respetos y hasta con filial devoción. El médico se ha vuelto padre del pueblo. Al decir verdad, parece que no es nueva su paternidad; la lleva en su corazón desde un día último de octubre en que juró, al pie de las antiguas imágenes de la capilla universitaria, símbolos de bondad y de gracia y de amor divinos y reliquias de nocturnas plegarias de monjes soñolientos o de nerviosas promesas de estudiantes temerosos de rígidos exámenes, y ante profesores del sapiente claustro, imágenes vivas de la honradez humana, entregar su ciencia, su arte, su descanso, sus angustias y su vida al servicio bendito y santo de la humanidad.

Pero la enfermedad no sabe de respetos y en la forma epidémica que azota, viene dispuesta a burlarse de todos los obstáculos ingeniados por la ciencia y a sembrar, sin contemplaciones de ningún género, la muerte entre los hombres. Quiere transformar en cementerios las ciudades y lograr, como consigue en muchas partes, que sean los muertos los que entierren a los

mueertos, pues los pocos que resisten con agonía o con vida llevan el alma muerta a fuerza de presenciar dolores y de ver derrumbarse sus amores y "mueertos son los que llevan el alma muerta y viven todavía".

Con su rostro en dolor de muerte y sus modales vibrando de inquietud y angustia, pasa el doctor Oráa muy de mañana por la calle que conduce a su morada. De madrugada se ha presentado al sitio de invasión y no necesita hablar para que los vecinos sepan lo que lleva dentro de sí su caritativo corazón. Se riega la noticia. El cólera ha invadido la ciudad amada. La alarma es general. Nadie espera escapar del mortífero azote. Las autoridades se hallan con las manos atadas. Los sacerdotes se preparan para impartir a pasto absoluciones y para ayudar a bien morir antes de que a ellos les toque el turno de la muerte. Los esposos se abrazan para asistir con los corazones juntos a la ruina de la siembra humana que con tantos sacrificios han cultivado en sus hogares. Los niños no saben bien lo que sucede, pero lloran de miedo a contemplar tanta tristeza y al oír hablar con voces que se parecen a las voces que, según las viejas echadoras de cuentos, tienen los duendes que viven en los montes o en las casas abandonadas y que se ocupan en asustar a los muchachos.

Ya son varios los casos que esperan la salvación corporal de parte de la ciencia del doctor Oráa o la salvación del alma por obra del poder sacramental del sacerdote. Mas es tan rápido el progreso del mal, que en muchas ocurrencias juntos llegan al lecho del enfermo los dos emisarios angélicos que Dios mantiene en la tierra para derramar en los surcos de sangre y de lágrimas, la semilla de su misericordia.

Fuera de su servicio médico a las víctimas del cólera, tiene el doctor Oráa otra misión grande que cumplir: su misión social y en su cumplimiento pone en actividad todos los recursos científicos y morales que son prendas de su espíritu y corona de su realeza profesional. Habla con los gobernantes y les desata las manos y consigue, como nos dice el doctor Quintero, la creación inmediata de un hospital de aislamiento. Tranquiliza las familias derramando optimismo y esperanza con el aspersorio de su caridad y la pujanza de su ejemplo. Ahuyenta las voces de los duendes de los oídos de los niños y con piadosas tertulias ami-

nora la gravedad del peligro ante las desfavoridas mentes. De tiene la desesperación que ya estaba tocando en las puertas de los espíritus e impone la disciplina colectiva y forma un ejército de valientes con una buena cantidad de voluntarios, caballeros y damas, que se ofrecen para ser sus colaboradores en la peligrosa asistencia a los enfermos. Multiplica sus horas. El descanso no cuenta con lugar en su programa. Le han nacido alas para andar de un lugar a otro, de una choza arruinada y con cuadros de lástima a una rica mansión repleta de ufanía y tradiciones, del lado de un ser querido que lleva su sangre o su amistad al lado de aquel que otrora, por chismes que nunca faltan en los pueblos y que si faltasen se morirían de aburrimiento y de fastidio, hundió, a espaldas de la gratitud, un dardo envenenado en las fibras de su corazón. Le han salido alas en el corazón para arropar el dolor ajeno contra su pecho de samaritano. Le han brotado alas en la mente para volar muy lejos en el cielo de la imaginación en busca de los medios que la ciencia de entonces le niega y que le urge conseguir con su talento para dar muerte a la muerte que le viene arrebatando sus dominios.

La ciudad dividida en zonas asistenciales ideadas para su defensa por el genio sanitario del doctor Oráa, da ejemplo de responsabilidad y organización. Su gran médico ha hecho el estupendo milagro de levantar ánimos y resucitar espíritus hasta el punto de que el cementerio que era la urbe se ha transformado en un heroico campo de batalla. Todos armados con fe y con acción están resueltos a seguir a su gran capitán hasta conseguir la victoria final que no puede ser otra, como en toda batalla, que el exterminio o dominio total del enemigo con un forzoso saldo de cadáveres. Ya no son pocos los parciales triunfos. Gracias a las medidas de higiene que se han tomado, se ha evitado el contagio de muchos y merced a la terapéutica bien dirigida, se cuentan en buen número las curaciones obtenidas. Sin embargo, el conformismo no cuenta con morada en las moradas de las almas. Se anda en busca del medio que consiga dar un último golpe a la epidemia, y la fe del pueblo encuentra el camino consolidativo de su esperanza en la antigua imagen entregada para su custodia al indio comarcano. Hasta ahora se han empleado con energía y perseverancia los recursos humanos y

se ha dado mucho con el mazo. Al presente, para el golpe de gracia, hay derecho de recurrir a los divinos medios. "A Dios rogando y con el mazo dando".

Con grandes rogativas es implorado el auxilio sobrenatural. La Reina del Cielo recorre, rodeada del mayor fervor, las calles de la reina de los llanos y las venas de la reina de los llanos están a punto de reventar de amor hacia la Reina de los Cielos. Nadie puede sustraerse del recogimiento a que lleva la fe coromotana y el doctor Oráa es hombre de gran fe católica y por eso todos ven dibujada en sus labios la plegaria y es tan agudo y penetrante su mirar y tan libres de parpadeo sus pestañas que parece que quiere enterrar sus ojos y su confianza en la custodia que guarda el legado de la Virgen. El más que nadie conoce y valora su historia. Sabe que cuando María sorprendió al indio en la quebrada y cuando penetró, como celestial intrusa, en la rústica choza del cacique de los cospes y dejó en sus manos callosas el tesoro que ahora es objeto de su contemplación y amor, no lo hizo para momentáneo e infantil retozo de su misericordia, sino para abrir a ésta perpétuo y hondo cauce de maternal afecto en una tierra que, por su geografía y por las firmes y sanas creencias de sus habitantes, había sido ya señalada, en el congreso de la Trinidad Divina, para capital espiritual de Venezuela. Oye la Virgen de Coromoto los sentidos ruegos y sus paisanos de Guanare pueden, a los pocos días, celebrar, en un ambiente de sublime agradecimiento hacia su héroe médico y hacia su celestial Protectora, la anhelada victoria alcanzada sober la tragedia más espantosa que registran sus anales.

Se destacó el doctor Oraa en la lucha contra el cólera como quizá no lo hizo ningún otro profesional en Venezuela, tanto por su ciencia y espíritu organizador, como por su carácter de lucha y por la inmensa caridad de su corazón. Bien merece que, cuando precisamente hace un siglo de esa desoladora epidemia, la rindamos un cálido homenaje de admiración y gratitud. Yo, aprovechando la ocasión que con su hermoso discurso nos ha deparado el doctor Quintero, se lo rindo reverencialmente en nombre de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina.

No quiero dejar de detenerme unos instantes en la consideración de los métodos pedagógicos del doctor Oráa, pero aquí, aunque peque mi discurso de falta de uniformidad literaria,

daré a mis palabras otro ropaje en su expresión. Son, no para admirar solamente, sino también para imitar y revivir algunos de dichos métodos. Es sobre todo muy importante en la actualidad recordar aquella práctica suya de hacer que los padres de familia participen en la resolución de los problemas estudiantiles de sus hijos hasta el punto de formar parte de los jurados examinadores. Son por demás criticables esos rígidos y perjudiciales reglamentos de colegios que cierran a los padres de los alumnos todas las puertas que dan acceso a la organización de la docencia. En dichos reglamentos no se toman en cuenta sino los intereses de una parte con inexplicable desprecio de los derechos naturales e inalienables que tienen los padres en orden a la educación de sus hijos. Son reglamentos egoístas que sirven, por una parte, para fomentar la rebelión en los alumnos y, por la otra, para dar oportunidad al odioso favoritismo y, en los colegios privados, al incontrolado señalamiento de los precios y a las frecuentes exigencias de contribuciones, así como a la tirantez con que se imponen a los estudiantes y a sus padres obligaciones que, por estar fuera del radio de la enseñanza propiamente dicha, podrían ser consideradas, con mejor espíritu constructivo, en un ambiente de mutuo entendimiento.

Tuve la oportunidad de observar en el Brasil hasta donde llega la intervención de los padres de los alumnos en los asuntos internos y reglamentos de, por lo menos, algunos colegios privados. En reuniones frecuentes celebradas por los padres y las autoridades del colegio, se exponen con toda libertad las opiniones, se estudian los horarios, se critican con energía los métodos que se consideran opuestos a los modernos conceptos pedagógicos y se buscan favorables resoluciones a los problemas que, tanto los profesores como cualesquiera de los padres, plantean con el mejor sentido de colaboración. Existe, en fin, esta colaboración o, mejor dicho, un excelente entendimiento que conduce a ambas partes a unir sus esfuerzos, complementándose, a favor del éxito que tanto la una como la otra persiguen.

He querido comentar el método de colaboración que estableció el eminente médico y pedagogo doctor Miguel Oráa en el Colegio de Guanare, no tan sólo por creer que posiblemente haya sido ésta la primera vez que se puso en vigencia en nuestra América, sino también porque pienso en su importancia como

medio de corregir muchos errores y de evitar muchos de los factores que entorpecen, con relativa frecuencia, la disciplina y la armonía que deben reinar en la vida educacional.

*Señores:*

Me toca ahora decir que el doctor Pedro Quintero García llega a su casa la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina por la puerta abierta de sus relevantes méritos. Profesional austero de la medicina, a quien su sólida preparación científica moderna no ha hecho olvidar las virtudes y los caminos de honor que nos enseñaron los viejos maestros, activo y talentoso dirigente y obrero en diversos campos de la medicina social, organizador consciente que ha prestado valiosos servicios a las instituciones asistenciales del país, intelectual de peso que nos ha dado una buena cosecha de publicaciones valiosas y altamente preocupado por los estudios de nuestra historia médica y hombre, en fin, que ha sabido, con bondad e inteligencia, cultivar la simpatía como el mejor pilar de la convivencia humana, puede tener la seguridad de que los miembros de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina vemos en él un meritorio colega que dará realce a la institución y que pondrá a su servicio su gran fe, su ponderado optimismo y su fogoso entusiasmo, como así mismo su reconocida preparación cultural.

Doctor Quintero: Inclinado ante el egregio doctor Miguel Oraa que vos habéis hecho vivir de nuevo para que nos aliente y fortifique en la árdua pero inaplazable tarea de inyectar espíritu y moral a nuestra época y para hacernos ver, con su imponente dignidad de caballero de las ciencias médicas, la incomparable grandeza e indiscutible superioridad del médico que es esclavo de las enseñanzas que la ciencia de su tiempo le brinda y constante y estricto cumplidor de las eternas normas morales que son el alma de la profesión, y en nombre de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, que por su carácter y constitución es legítimo custodio y postrer tribunal del cumplimiento de aquellos excelsos principios y virtudes, os digo que es mucho el regocijo de sus miembros por vuestra incorporación y os doy, con los viejos y perpetuos sentimientos de auténtico compañerismo, el abrazo fraternal de bienvenida.

*Señores.*